

Garaudy, Roger: *El gran viraje del socialismo*. Caracas, Editorial Tiempo Nuevo, 1970. 329 p. Trad. de Marciano Sadornil.

El presente comentario sobre el libro de Roger Garaudy, traducido al castellano con el título de *El gran viraje del socialismo*, no pretende ser un ensayo crítico de las posiciones adoptadas y expuestas por el filósofo francés en su obra, para lo cual necesitaría un espacio mayor que el que se me concede. Por esa razón me limitaré a reseñar el libro de Garaudy, sin pretender enjuiciarlo, pasando revista a los puntos fundamentales de su análisis.

El punto de arranque de Garaudy, en el libro que comentamos, es su tesis de que los partidos comunistas están disociados de las tensiones sociales existentes en el mundo actual y del despertar revolucionario que se ha suscitado. Todo ello hace necesario, a su juicio, una "revisión desgarradora". La desadaptación de las estructuras socio-políticas, tanto en el campo capitalista como en el socialista, ante los grandes logros de la revolución técnico-científica (un encandilado cantor de la tecnocracia llama a la nuestra la era *tecnológica*), en el orden de la energía atómica, las exploraciones cósmicas y la cibernética, es una realidad insoslayable. Para afianzar sus puntos de vista, Garaudy hace una larga revista de los descubrimientos científicos que se han ido produciendo en los últimos años, los cuales, junto con su aplicación tecnológica a los métodos de producción, han ejercido una enorme influencia en el trabajo humano, lo que a su vez desemboca en nuevos planteamientos socio-políticos. Garaudy no cree en el primado de la técnica y de las fuerzas productivas, ni en la realización automática de un fatalismo histórico. Por otra parte, se afirma en su marxismo, pero insiste en que las nuevas relaciones de clase y los nuevos antagonismos exigen "de las fuerzas revolucionarias un análisis nuevo para crear sus nuevas estrategias". Para lograrlo, "contra los sonámbulos de todas las fronteras que vagan en los sueños de ayer", el filósofo se plantea tres problemas:

- 1) ¿Qué *mutaciones* están por realizarse y qué contradicciones nuevas originan?
- 2) ¿Qué *iniciativas* son necesarias para adaptar el conjunto de las relaciones humanas a esta mutación?
- 3) ¿Quién tomará conciencia de las nuevas contradicciones y entenderá las iniciativas necesarias para sobrepasarlas?

Garaudy se manifiesta en contra de los actuales dirigentes soviéticos y chinos, pero afirma la grandeza de la Revolución de Octubre:

y el significado histórico de la Larga Marcha y de la Revolución China. Decidido a hacer una autocrítica, el autor critica duramente al Partido Comunista Francés, del cual era dirigente mientras escribía este libro, acusándolo de "desprecio de la base" y de virtual dictadura ideológica. Denuncia además la supresión, en sus órganos informativos, de "las opiniones que difieran, por poco que sea, de la línea oficial de la maquinaria".

Analiza seguidamente el sistema económico norteamericano, para lo cual sigue de cerca al Galbraith del *Nuevo estado industrial* y otros economistas estadounidenses, y llega a la conclusión de que "el capitalismo norteamericano, en 1970, no es el capitalismo que Marx podía analizar en Inglaterra hace un siglo." Según Garaudy, el análisis marxista "ha sido valedero sin que fuesen necesarias modificaciones radicales hasta fines del primer tercio de este siglo." Hoy, afirma el autor, "lo esencial del marxismo viviente, el de Marx y Lenin, es el método que permite, mediante el análisis de las contradicciones presentes, prever y actualizar las contradicciones posibles."

Garaudy pasa revista al proceso de expansión de la sociedad norteamericana y encuentra un punto crucial de esa expansión en "el fin de la frontera", cuando la progresiva marcha hacia el Oeste alcanzó la costa del Pacífico, hecho que se sitúa en el año 1890. Entonces, dice, "algunos creyeron hallar una segunda frontera en el imperialismo y la conquista." De ahí arranca el ciclo imperialista tan conocido de todos: anexión de las Hawaii, ocupación de Cuba, obtención de Puerto Rico, Guam y las Filipinas, el chanchullo de Panamá... "Siguió después la extracción de dinero a toda América Latina, que se convirtió de hecho, aunque no de derecho explícito, en colonia norteamericana" (p. 90).

Del análisis de la sociedad norteamericana concluye que "todas las palancas de comando de los grandes monopolios, de la Presidencia de los Estados Unidos, del Gobierno Federal y de los Estados y colectividades locales, de la prensa escrita o hablada, del ejército, de la C.I.A. (Central Intelligence Agency), del F.B.I. (Federal Bureau of Investigation), están en manos de una oligarquía que controla, orienta, dirige, realiza la política norteamericana actual bajo el velo de dos 'partidos' tradicionales cuyos programas en términos amplios son indiferenciados" (p. 75). Curiosamente para un sedicente marxista, Garaudy propone a Norteamérica, para resolver su profunda problemática (tensiones étnicas, fuertes desequilibrios en los niveles de ingreso, creciente desempleo, etc.), un programa realizable "sin poner en cuestión los principios fundamentales del régimen, antes bien confiriéndoles su total eficacia y actualizándolos, prolongando y renovando las tradicio-

nes que han creado la grandeza de los Estados Unidos." Ese programa, seguramente para sorpresa de muchos, *no es aún el socialismo, es un capitalismo finalizado*" (bastardillas de Garaudy).

Las críticas más duras del autor se reservan para la evolución totalitaria y dogmática del Partido Comunista de la Unión Soviética: "*El Partido sustituye a la clase y es el único que decide en su nombre. El Partido, a su vez, queda reducido a su aparato, y este aparato a sus dirigentes. Al final uno solo piensa y decide por todos*" (p. 110, bastardillas de Garaudy).

Reconoce que la industrialización forzada de la Unión Soviética se reveló eficaz desde el punto de vista del avance de la producción, en contraste con la colectivización forzada de la agricultura, ya que en 1953 aún no se había alcanzado los niveles de producción de cereales y bovinos de 1928. Pero insiste en que los métodos empleados para lograr los objetivos industriales han sido humanamente muy costosos: "Esta forma de 'acumulación primitiva' se aproxima en muchos rasgos a la 'acumulación primitiva' realizada en los países capitalistas."

Garaudy hace hincapié en que la intervención militar en Checoslovaquia y las presiones ejercidas por Moscú sobre los demás partidos comunistas de los distintos países, provocaron un considerable debilitamiento del campo socialista. Insiste en que la Conferencia de Moscú, de junio de 1969, en la que sólo estuvieron representados ocho países socialistas de un total de catorce, revela la "hondura de la crisis del comunismo internacional". A su juicio esta crisis "no se ha manifestado solamente en la Conferencia de Moscú por la baja del número de partidos representados y de su representatividad, ni por las divergencias que se manifestaron a plena luz, sino también por la debilidad ideológica de los documentos que han sido votados" (p. 160). La Conferencia de Moscú, al descartar por decisión de los dirigentes soviéticos los problemas de China y Checoslovaquia, estaba condenada de antemano "a no abordar ningún problema vital del movimiento internacional", afirma Garaudy, quien acusa a esos mismos dirigentes de ignorar las contradicciones profundas existentes en el mundo socialista, mientras atribuyen todas las dificultades del movimiento a una "conspiración" imperialista y a una "subversión ideológica".

Finaliza el análisis sobre el sistema soviético afirmando que "la estructura misma del régimen no permite ninguna corrección, ningún cambio de orientación política por una vía normal, democrática, sino únicamente por vía de explosión o de revolución de palacio." Sin embargo, afirma, cada día es más perceptible la contradicción entre las estructuras de la economía soviética, cuya lógica interna exigiría una

verdadera democracia socialista, y las superestructuras políticas e ideológicas que dificultan el desarrollo. Ante el referido estancamiento, Garaudy sólo ve dos alternativas: "O el mantenimiento del complejo burocrático-militar que desemboca en un neobonapartismo reaccionario y una dictadura del ejército; o bien una renovación democrática profunda que permita dar al socialismo su verdadero rostro: el de la liberación del trabajo y del hombre de todas sus alienaciones".

Acomete después Garaudy lo relativo a un nuevo modelo de socialismo a la luz de los problemas que plantea en nuestra época la revolución científica y técnica. Parte del supuesto, basado en el análisis de la sociedad norteamericana como exponente más destacado del sistema capitalista, de que la contradicción entre la organización científica de la producción y la autonomía del trabajador no puede superarse en un régimen capitalista. Insiste en que la primera condición para hacer retroceder la alienación del trabajador y de toda la sociedad es poner fin a la propiedad privada de los medios de producción, "punto de partida para la construcción del socialismo." Pero eso no basta, porque puede ocurrir que la *plusvalía* del trabajo deje de estar acaparada por los propietarios privados de los medios de producción, para quedar a la entera disposición de un Estado centralizado y totalitario, "que será el único juez de la parte reservada a las inversiones, de la orientación de estas inversiones, y de la parte reservada al consumo", con lo cual persistirá la explotación y alienación de los trabajadores.

Garaudy ve en el ejemplo de Yugoslavia un caso único de importancia histórica en el desarrollo del socialismo: la modalidad de dotar a las empresas de autonomía de gestión y permitirles la distribución de la plusvalía con la libertad de decidir lo que deben destinar a inversiones y al consumo. "La búsqueda yugoslava de un nuevo tipo no es, pues, un accidente en la historia; expresa un aspecto esencial de la lógica interna del desarrollo de una sociedad socialista" (p. 191). Según el principio de autogestión, el productor es, en Yugoslavia, el sujeto de todos los derechos y debe, según el artículo 10º de la Constitución, decidir "lo más directamente posible", no solamente sobre las condiciones de trabajo "sino del reparto de los ingresos, de la plusvalía" (p. 201).

Sin embargo, hay una etapa decisiva al franquear el umbral de la autogestión: esa será la *integración* que permite articular las iniciativas de los trabajadores y la planificación organizada, pues, como reacción al modelo centralista, la autogestión puede entrañar el "riesgo de la atomización de la economía." Para Garaudy, en un socialismo basado en la autogestión, el problema clave será eliminar una contra-

dicción fundamental, pues se trata de realizar al mismo tiempo: 1) un grado más elevado de actividad libre y de autonomía de cada trabajador; 2) un grado más elevado de organización consciente del desarrollo social. Es decir, "iniciativa creadora de las masas y planificación científica a largo plazo".

Después de analizar extensamente la experiencia yugoslava, que considera un modelo original de socialismo, Garaudy se pregunta cuáles serán las posibilidades de ese modelo en un país desarrollado desde el punto de vista económico y técnico y si podrá proporcionar las mejores condiciones a la penetración del socialismo y a la recepción de las mutaciones que dimanarán de la nueva revolución científica y técnica.

En el capítulo V de su libro, examina Garaudy "las perspectivas e iniciativas para un futuro socialista de Francia", para lo cual se remite a su obra *Pour un modèle français du Socialisme*, tratando seguidamente, en el capítulo VI y final, de "la nueva revolución científica y técnica y las relaciones internacionales", e insiste en que la gran mutación científica y técnica no sólo plantea a cada pueblo problemas inéditos sino que trastorna las relaciones económicas y políticas entre ellos. Se refiere al ensanchamiento de la brecha entre pueblos ricos y pobres, concluyendo que "*el problema fundamental de las relaciones internacionales en este último tercio del siglo es reducir este desvío para reducir las tensiones.*"

El autor propone, como solución a la creciente separación y a las tensiones entre los pueblos, el diálogo internacional, de igual a igual, y el abandono de la "*política de bloques que constituye un resto del pasado, de la edad industrial*", política que es un absurdo militar, económico e ideológico. Además, la dislocación producida dentro de los propios bloques (O.T.A.N. en Europa, O.T.A.S.E. en Asia, por el bando capitalista; C.O.M.E.C.O.N. en la Europa socialista), muestra la ineffectividad de ese sistema para resolver los problemas internacionales actuales, es decir, "la desigualdad de los niveles de desarrollo y las tensiones que de esto dimanarán" (p. 315).

Aclara Garaudy que no se trata de la tentativa utópica de crear "superinstancias" por encima de las clases y de los bloques que expresan la lucha de esas clases a nivel internacional. De lo que se trata, según el filósofo comunista, es de la "organización planetaria del concierto de las fuerzas portadoras del futuro humano y del futuro de cada nación: la clase obrera y el bloque histórico nuevo que nace en cada país" (p. 326). Esta noción de *bloque histórico*, es decir, la relación entre los intelectuales y la clase obrera, es uno de los puntos fundamentales del pensamiento de Garaudy y constituyó un elemento

principal de las divergencias entre el filósofo y el Partido Comunista Francés, que condujeron a su exclusión de dicho partido.

En vista de que la Unión Soviética y la China "están hoy dirigidas por equipos que pretenden imponer de hecho a los otros partidos comunistas su propio modelo de socialismo", Roger Garaudy concluye su libro con la misma frase con que lo había empezado. Con la afirmación de que "ya no es posible callar."

\* \* \*

En fin, un libro, el que acabamos de reseñar, ágil en la exposición, incisivo en el análisis y de interesante lectura, aunque muchas de sus afirmaciones y enfoques no dejarán de ser chocantes para algunos lectores y, cuando menos, resultarán discutibles. En cuanto a la traducción, hubiéramos preferido que fuese un poco más esmerada en el estilo, si bien reconocemos que eso entraña el riesgo de desvirtuar el pensamiento original del autor. Hallar el justo equilibrio entre la fidelidad al autor traducido y el genio de la lengua a la cual se traduce: he ahí el tino especial que requiere el oficio de traductor.

JESÚS CAMBRE MARIÑO

Strauss, Leo: *¿Qué es filosofía política?* Madrid, Ed. Guadarrama, 1968, 355 p.

Leo Strauss es el creador de la llamada Escuela de Chicago, corriente del pensamiento político que incorpora la tradición filosófica europea y clásica en el estudio de los fenómenos políticos y sociales. En el océano de positivismo y confusión en que están las ciencias sociales norteamericanas, es grato y fortalecedor volver a leer a Strauss. Su lectura puede ser fuente de nuevas iniciativas y enfoques.

Todo el contenido de este libro fue publicado anteriormente en forma de artículos y conferencias. Reseñaremos los trabajos que consideramos más importantes. El primer trabajo, *Qué es la filosofía política*, es el más importante ya que describe la unidad temática de la colección y da el horizonte en que se mueve toda la reflexión.

Toda acción política está orientada por una concepción o intuición sobre qué es lo bueno y lo malo. El hombre es un ser político porque actuando (praxis) conserva o altera un estado de cosas según su idea de lo bueno o malo. Al nivel de la vida diaria y pre-reflexiva, lo